Sociología y Literatura en Francisco Ayala

Alberto J. Ribes Leiva

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
ajribes@yahoo.com

RESUMEN
La obra sociológica de Francisco Ayala, prácticamente desconocida, sobrepasa el interés meramente historiográfico. Al estudiar sus obras —algunas de las cuales presentamos en este texto— encontramos ideas, conceptos y teorías que muestran una admirable viveza. Nuestro objetivo ha sido, pues, doble; por un lado ofrecer una interpretación general de Ayala como sociólogo en el marco de la tradición sociológica española; por otro lado, señalar algunas de sus ideas más relevantes, así como atender al juego sociología-literatura que encontramos a lo largo de su obra.

Palabras Clave: Francisco Ayala; Sociología y Literatura; Sociología española; Historia de la sociología; Historia de la sociología española; Sociología de la sociología.

Francisco Ayala's Sociology and Literature

ABSTRACT
Francisco Ayala's sociological work, almost unknowed, exceed an hitoriographical interest. Studying his works —we introduce some of them in this text— we find ideas, concepts and theories that are still alive. We have a double objective; by one hand, we offer a general interpretation of Ayala as a sociologist in the context of the spanish sociological tradition; by other hand, we remark some of his most importants ideas, and we pay attention to the sociology-literature game that we find in his work.

Key Words: Francisco Ayala; Sociology and Literature; Spanish sociology; History of sociology; History of spanish sociology; Sociology of sociology.

Sumario: Introducción y breves consideraciones teóricas. 1. La adquisición del «enfoque sociológico»: 1925-1936. 1.1. Dos tradiciones sociológicas como referente. 2. Sociología sistemática: 1940-1952. 3. «Sociología difusa» y el giro hacia la fragmentación: 1952-1971. 4. El «enfoque sociológico» fragmentado: 1971. 5. Palabras finales. 6. Bibliografía.

INTRODUCCIÓN Y BREVES CONSIDERACIONES TEÓRICAS

A la hora de investigar a cualquier «sociólogo clásico» surgen numerosos problemas teóricos que afectan directamente a la concepción de la disciplina sociológica. Tal y como ha señalado Levine, las historias internas de las disciplinas científicas sirven para legitimar paradigmas existentes previamente o nuevos paradigmas emergentes (Levine, 1995: 11). Por tanto, una nueva concepción de la sociología, afectará tanto a la definición como a la reconstrucción histórica de la propia disciplina. Esto explica, en parte, el famoso baile de los «clásicos», que ganan o pierden relevancia (o incluso son expulsados de la tradición sociológica) en distintos momentos históricos o en distintas escuelas contemporáneas que no compartan un acuerdo de mínimos con respecto al pasado.

A esta lucha por la definición de la disciplina desde la reconstrucción histórica, hay que sumar una nueva *manía* (en el sentido de Sorokin, 1964) o la patología o afección (una más que podría añadirse a las ya señaladas por Merton, 1990) que consiste en considerar su trabajo como la «auténtica y definitiva sociología» que han manifestado con admirable constancia numerosas generaciones de intelectuales que se han dedicado al estudio de la sociedad. Esto afecta directamente a los trabajos de historia de la sociología, porque gracias a esta manía los trabajos anteriores que sean afines a la propia concepción de la sociología del autor (con legitimidad paradigmática, podríamos decir), serán considerados precedentes, pre-sociológicos; mientras que el resto simplemente será arrojado a los márgenes o excluido, expulsado del relato histórico de la disciplina[1].

[1] He querido etiquetar esta manía bajo el rótulo de *Ley del Eterno Alumbramiento de la Sociología* (LEAS), para poner de manifiesto irónicamente que la sociología, que nació con la pretensión de descubrir las leyes sociales, ha encontrado una recurrente

ISSN: 1130-8001

Sin tener en cuenta estas dos consideraciones es bastante complicado no perderse en el juego de definiciones y luchas que laten bajo las numerosas reconstrucciones y reflexiones sobre la sociología, que adoptan, además, diferentes formas (historia de la sociología, sociología de la sociología, teoría sociológica). En el caso de ciertas historias nacionales concretas, como es el de la historia de la sociología española, hay que contar, además, con otro elemento que viene a complicar aún más las cosas. Se trata de la obsesión por la institucionalización académica y formal de la sociología en nuestro país.

Así pues, tenemos una serie de relatos de la sociología que luchan unos con otros por definir los límites y por reivindicar (e incluso imponer) su propia concepción de la disciplina. Y tenemos, también, la manía de considerarse siempre el primer sociólogo frente a un pasado pre-sociológico. Y aún, en la sociología española, contamos con la excesiva presencia de los hitos institucionales, que lleva aparejado el menosprecio de la sociología no institucionalizada. Estos tres elementos comparten, a mi juicio, un mismo defecto, que no es otro que su ahistoricismo, y son, sin duda, tres obstáculos importantes en el estudio del pasado sociológico.

Para tratar de solventar estos y otros problemas hemos elaborado un modelo teórico de sociología de la sociología, cuyo elemento central es la interacción entre el «enfoque sociológico» y la tradición sociológica, desde el cual vamos a ofrecer una interpretación de la producción intelectual de Francisco Ayala (Granada, 1906)[2].

El objetivo fundamental de este artículo va a ser, precisamente, analizar el «enfoque sociológico» de Ayala, para lo cual será preciso que tengamos bien presentes ciertos elementos claves para hacer una sociología de la sociología de un autor, y que han sido reivindicados por diversos autores, tales como sus experiencias personales, su presencia en varios contextos (contextos socio-históricos, contextos intelectuales generales y contextos sociológicos), sus estilos y lenguajes, sus públicos y, por supuesto, sus ideas o teorías[3].

Para estudiar la producción intelectual de Ayala[4], hemos elaborado una división en cuatro grandes periodos: 1. La adquisición del «enfoque sociológico» (1925-1936); 2. Sociología sistemática (1940-1952); 3. «Sociología difusa» y el giro hacia la fragmentación (1952-1971); y 4. El «enfoque sociológico» fragmentado (1971-)[5]. Pasamos, pues, a examinarlas.

1. LA ADQUISICIÓN DEL «ENFOQUE SOCIOLÓGICO»: 1925-1936

Las grandes ciudades españolas de más de cien mil habitantes (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, etc.), van a ser las protagonistas de un proceso de crecimiento y modernización en el primer tercio del siglo XX. En Madrid, ciudad

---

«ley sociológica» en sí misma, que consiste en la reiterativa negación de su propio pasado o la catalogación como pre-sociología, y, al tiempo, en la pretensión obsesiva por parte de multitud de generaciones de sociólogos de ser ellos mismos el primer sociólogo «auténtico, verdadero o científico».

[2] No cabe aquí la exposición pormenorizada de nuestra propuesta. Sin embargo, al menos en una nota a pie de página trataremos de definir qué entendemos por «enfoque sociológico» y por tradición sociológica. El «enfoque sociológico» o la mirada sociológica es el resultado del estudio de una determinada tradición sociológica; es la serie de conceptos, teorías y problemas que un determinado autor extrae de una tradición concreta. El empleo de un determinado «enfoque sociológico» es lo que hace a un autor sociólogo. Hacer sociología sería, por tanto, la utilización de un «enfoque sociológico». Por tradición sociológica entenderemos (en un sentido amplio) todo el conjunto de textos (libros, manuales, libros de divulgación, artículos científicos o en prensa general), de palabras (clases universitarias, conferencias, conversaciones informales, tertulias, etc.), y los modos de pensar o de hacer, las contradicciones y las posibilidades concretas (debates abiertos, problemas) e institucionales (lugares en los que se habla, se enseña o se aprende) de investigación que se derivan de los primeros; y todos estos elementos situados en espacios concretos socio-históricos. Espero, en todo caso, que a lo largo de estas páginas se vea con claridad cómo funciona la interacción entre ambos conceptos, así como la utilidad de este modelo.

[3] Para una introducción a la sociología de la sociología, veáse TORRES ALBERO (1994 y 2002).

[4] Entre la escasa literatura dedicada a estudiar la sociología de Ayala destacan: JULIÁ (1997), ABELLÁN (1998), CASTILLO (2001), RIBES (2002) e IGLESIAS DE USSEL (2002). También son interesantes algunas reflexiones en torno a su obra que se incluyen en las diversas presentaciones panorámicas de la sociología española como, por ejemplo, ARBOLEYA (1982), RODRÍGUEZ IBÁÑEZ (1998) y LAMO DE ESPINOSA (1990).

[5] Hemos decidido no incluir en esta presentación ninguna referencia a la faceta crítico-literaria de Ayala, así que nos centraremos en sus obras jurídico-sociales, sociológicas y literarias; tanto por razones de espacio como porque nuestro objeto fundamental es la sociología de este autor que es, a partir de 1971, difícilmente separable de sus relatos de ficción. Remito al lector interesado en el trabajo crítico-literario de AYALA a los estudios de IRIZARRY (1971) y al libro colectivo coordinado por SÁNCHEZ y CHICHARRO (1992).

en la que se instala Ayala con su familia en torno a 1918, la población casi se dobló desde 1900 a 1930 (pasó de 539.835 a 952.832 habitantes). La modernización del país, con una importante emigración del campo a las ciudades, un incremento notable del sector de la construcción y de la esperanza de vida al nacer (de 34,8 años en 1900 a 50 años en 1930), y la importante y significativa reducción de la tasa de analfabetismo (del 55% al 27% en 1930)[6]; la modernización del país, decíamos, se vio acompañada de un florecimiento extraordinario de la cultura española en este primer tercio de siglo, que se ha llamado, en ocasiones, segunda Edad de Oro o Edad de Plata.

En este primer tercio de siglo convivían varias generaciones de intelectuales: la escuela krausista (que aglutina a dos o tres generaciones[7]), la Generación del '98, y la de 1914 con Ortega y Gasset a la cabeza. Y será a partir de los años veinte y treinta, cuando se vaya incorporando una nueva generación, que en literatura es conocida como Generación del '27, y que en sociología se puede llamar *Generación de 1903-1918* o *Generación de la Guerra Civil*. Será a esta última generación a la que pertenezca Ayala.

En 1923, el mismo año en el que Primo de Rivera llega al gobierno de España tras un golpe de Estado incruento e impone con la colaboración de Alfonso XIII una dictadura con monarquía, Ayala comienza tanto la licenciatura de derecho (que termina en 1929) como la de filosofía y letras (que no llega a terminar). No obstante, ya antes de licenciarse en derecho empieza a «pseudopublicar» (por decirlo con sus mismas palabras, Ayala, 2001: 81) con muy limitada difusión algunos artículos en diversas revistas y diarios *(La Época, El Globo)*. Pero no será hasta 1925, con la publicación de su primera novela, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, cuando ingrese de lleno en la vida literaria madrileña, y participe a partir de entonces en numerosas tertulias[8]. Esta primera novela inaugura tempranamente su carrera literaria que va a ir compaginando con sus trabajos sociológicos y con una tercera serie de textos de crítica literaria. Tras la publicación en 1926 de su segunda novela, *Historia de un amanecer*, Ayala empieza a interesarse por las vanguardias, tal y como quedará plasmado en el giro que dan sus producciones intelectuales a partir de esta fecha. Ayala acude asiduamente a la tertulia-seminario de la *Revista de Occidente*[9], y allí entra en contacto personal e intelectualmente con Ortega y Gasset.

Ortega y Gasset (1883-1955) venía escribiendo numerosos textos en los que la tradición sociológica estaba presente. Sus análisis sobre la sociedad contemporánea alcanzaron un éxito notable, y en ocasiones declaró expresamente su intención de estar haciendo sociología[10]. Se ha señalado con frecuencia la importante influencia que tuvieron Ortega y Gasset, su tertulia, su revista y su libro *La deshumanización del arte* (1925) en las vanguardias españolas[11], así como su influencia en la sociología de los llamados «sociólogos sin sociedad»[12]. En el caso de Ayala, literato y sociólogo, esta influencia inicial será doble, si bien se mezclará con otras influencias no menos importantes, que veremos más adelante.

Las nuevas producciones de ficción de Ayala, *El boxeador y un Ángel* (1929) y *Cazador en el alba* (1930), serán, pues, vanguardistas, y lo que vemos en ellas es, en general, un deslum-

---

[6] Cfr. JULIÁ (1999: 43-50).

[7] Cfr. LAPORTA (1974) y Elías DÍAZ (1989).

[8] Destacamos la tertulia del café de La Granja del Henar (la de Manuel Azaña), la del café del Pombo (en torno a Gómez de la Serna), la tertulia de lo que quedaba del grupo ultraísta alrededor de Casinos-Anséns, y, sobre todo, la de la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset. Véase, Ayala, (2001: 86-54).

[9] Empieza a colaborar en la *Revista de Occidente* a partir de 1927, donde publica artículos sobre poesía, novela, cine, cuatro relatos, y reseñas de obras de historia, ciencias jurídicas y sociológicas. Cfr. Pulido Tirado (1992: 215-233).

[10] Así sucede en *La deshumanización del arte*, que es un intento de sociología del arte, y en *El hombre y la gente*, Cfr. Ortega (1998 y 1996, respectivamente).

[11] Cfr., por ejemplo, BOZAL (1998), BUCKLEY y CRISPIN (1973), AMORÓS (1980).

[12] Como es sabido, bajo esta etiqueta acuñada por Arboleya (1982), y que ha tenido un éxito magnífico en la historia de la sociología española, se incluye a la terna de sociólogos españoles que tuvieron que exiliarse tras la derrota de la República en la Guerra Civil española (1936-1939): Luis RECASÉNS SICHES (1903-1977), José MEDINA ECHAVARRÍA (1903-1977) y Francisco AYALA (1906). He dicho, en otro lugar (RIBES, 2003), que el concepto de «sociólogos sin sociedad» me parece adecuado para singularizar a este grupo de sociólogos que tuvieron que exiliarse tras la Guerra Civil; si bien, considero que al tiempo forman parte de un grupo generacional más amplio junto con los sociólogos que no se exiliaron, la *Generación 1903-1918* o la *Generación de la Guerra Civil*. Sobre la influencia de Ortega en los «sociólogos sin sociedad», véase, por ejemplo, ABELLÁN (1998) y CASTILLO (2001).

bramiento optimista ante el descubrimiento de la modernidad. Aparecen los deportes, el movimiento y lo sensual, los nuevos oficios y las nuevas relaciones sociales, y, sobre todo, el cine. Es en este momento de fervor moderno cuando aparece el primer ensayo sociológico de Ayala, *Indagación del cinema* (1929), que es muy importante en varios sentidos. En primer lugar, porque es, en realidad, una colección de ensayos y artículos fragmentarios muy variados que giran en torno a un tema común (el cinematógrafo) editados en formato de libro. Esta manera de acercarse a un objeto de estudio va a ser muy característica del modo de hacer sociología de este autor. Veamos las palabras del propio Ayala: «Pero no he compuesto —al contrario: he hecho trizas— un libro de cine. Un libro que hubiera podido ser sistemático, enterizo, de una pieza. Pero que ha quedado reducido a un manojo de tirabuzones de celuloide; convertido en algo que —como la cabeza de una medusa— no tiene por dónde agarrarse; que puede escurrirse, deshilachado por la actualidad» (Ayala, 1929: 17). Estas «trizas» son los distintos acercamientos abiertos y fragmentarios que le llevan a analizar el cine enfocando sucesivamente muy distintos ángulos: estudia la dimensión social del cine (la intención popular, la capacidad de crear actitudes sociales, se señala la importancia de los «héroes» que aparecen en la pantalla); explora el tema de la propaganda y de la información (algo que preocupará siempre a Ayala), y aunque se muestra atento a los posibles riesgos que podría suponer un objeto social como el cine, en esta época de modernidad y optimismo, se deja llevar por la maravilla técnica que permite ofrecer «una presencia exacta de los sucesos, de los acontecimientos que sacuden al mundo» (Ayala, 1929: 69). Idea que enlaza con otra de las constantes de la sociología de Ayala, lo que hemos denominado *Ley de Unificación del Mundo*[13], y es que gracias al cinematógrafo los Estados-nación se van erosionando, ya que es tanto una prueba como un elemento impulsor de la internacionalización del mundo moderno.

Este modo fragmentario de acercamiento a un fenómeno, se ve completado con una unidad superior a la que se refieren todo el conjunto de los epígrafes y subepígrafes, que no es otra, en este caso, que la constatación temprana por parte de Ayala de la estrecha vinculación del cine con el mundo moderno: el cine es al mismo tiempo resultado de la sociedad moderna, vibrante, ágil, instantánea; imagen de la sociedad moderna; así como un nuevo elemento central en la propia sociedad cuyas consecuencias sociopolíticas apenas se empezaban a vislumbrar.

Pero si vamos más allá de este texto, vemos que todo lo anteriormente expuesto guarda una estrecha relación con sus libros de ficción de la época, y que son también acercamientos fragmentarios a una misma realidad (la sociedad moderna vista desde una óptica deslumbrada y vanguardista), que serán completados, además, por los estudios jurídico-sociales que va a publicar Ayala a partir de los años '30.

La vertiente literaria y ensayística de Ayala convive con una exitosa aunque breve carrera académica, interrumpida por la Guerra Civil. Una vez finalizada la licenciatura de derecho Ayala comienza a colaborar en la cátedra de Adolfo Posada y se doctora en esa misma disciplina en 1931[14]. En esta época se convierte en el discípulo «predilecto»[15] de Posada, y gracias a él entra en contacto con la tradición sociológica académica, así como con lo que quedaba del krausismo. Adolfo Posada (1860-1944), que es considerado casi unánimemente como uno de los fundadores de la sociología en España, había dedicado buena parte de sus esfuerzos intelectuales a reflexionar sobre la sociología. A pesar de la constante referencia casi obsesiva de los historiadores de la sociología española por la institucionalización de la disciplina, sucedía en tiempos de Posada (igual que en otros países[16]) que la ausencia de cátedras o de una

---

[13] Nos referiremos a ella un poco más adelante. Para un análisis más detallado, véase Ribes (2002: 106-111).

[14] Presenta Ayala su tesis doctoral, *Los partidos políticos como órganos de gobierno en el Estado moderno*, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid.

[15] Tal y como me indicó Francisco Ayala en conversación personal (24-Octubre-2000).

[16] Cabría citar, por ejemplo, el caso de Inglaterra, donde «antes de la guerra K. Mannheim ya había fundado la serie "The International Library of Sociology and Social Reconstruction", que se convirtió en el principal vehículo para las publicaciones sociológicas de los años treinta, y T.H. Marshall había editado su Class conflict and social estratification en 1938. Es decir, que, aunque de manera esporádica, la sociología había hecho acto de presencia sin estar todavía institucionalizada» (PICÓ, 2003: 39). También el caso de las sociologías germanoparlantes es muy significativo. La primera cátedra no se funda hasta 1919 (un año an-

adecuada institucionalización de la sociología no era un obstáculo para el estudio y la práctica de esta disciplina, que venía siendo frecuentada por intelectuales muy diversos, procedentes de otras disciplinas o que simultaneaban varias a un tiempo, y que tenían un conocimiento exhaustivo de la tradición sociológica. El propio Posada nos cuenta que, aunque Giner de los Ríos, uno de sus maestros, era profesor de filosofía del derecho su cátedra era «un verdadero seminario jurídico y sociológico» (Posada, 1990: 178). Posada fue uno de estos intelectuales, y fue, sin duda, uno de los más importantes de la historia de la sociología española. A través de sus textos más importantes (*Principios de sociología*, 1908; *Sociología contemporánea*, s.f., etc.) y del contacto personal y profesional, Ayala va a poder adentrarse, como decíamos, en la sociología académica. Si Ortega le había abierto las puertas a una sociología heterodoxa, a prestar atención sobre la realidad inmediata y el análisis profundo de la realidad contemporánea, y le había indicado el camino hacia ciertos problemas y conceptos propios y de cierta tradición sociológica alemana (Simmel, Mannheim); Posada, le ofrecía la erudición y el krausismo, los sociólogos organicistas (Ward, Schäffe, De Roberty), la atención a la sociología norteamericana y la posibilidad de hacer sociología desde una posición semi-institucional.

Pero aún tendría que viajar a ampliar estudios gracias a una beca que le llevaría a Alemania (1930-1931)[17], para completar, de la mano de Hermann Heller, la adquisición de este concreto «enfoque sociológico». Una vez en la Alemania convulsa y escindida de los años treinta, a Ayala le llama la atención la obra y la figura de Hermann Heller. La atención por la realidad más inmediata, junto con su compromiso ético, así como el empleo de autores pertenecientes a la tradición sociológica, serán tres nexos fundamentales que unan a estos dos autores. Heller, había llegado a subsumir teoría del Estado y ciencia política en sociología («la teoría del Estado es sociología», Heller, 1974: 53). Se hallaba, pues, en una línea de desdiferenciación o de reagrupación de disciplinas cercana a la que en España estaba funcionando en diversas cátedras. Por tanto, Posada y Heller, tenían en común el empleo de un «enfoque sociológico»; si bien, el segundo se presentaba como continuador de la tradición sociológica alemana, mientras que Posada intentaba estar al día de todas las diferentes tradiciones, ya que desde su lógica krausista y cientificista la sociología debía llegar a una integración unitaria. Por otro lado, Heller insiste, inmerso como estaba en una sociedad al borde del precipicio (de la que el propio Ayala da cuenta en su relato de ficción «Erika ante el invierno», 1930[18]), en referirse exclusivamente a los asuntos más inmediatos y más estrechamente relacionados con la actualidad (algo que encajaba perfectamente con la insistencia de Ortega sobre este punto), y rechaza frontalmente hacer «Teoría del Estado por amor a la Teoría» (Heller, 1974: 42).

A partir de su relación intelectual y personal con Heller[19], Ayala se va a ir introduciendo en la tradición sociológica alemana, que terminará por completar su particular «enfoque sociológico». Así, son muy influyentes en sus obras y teorías Max y Alfred Weber, Simmel[20], Oppenheimer, Mannheim y Freyer.

Cuando Ayala regresa a España publica algunos estudios breves jurídico-sociales de corte académico, como *Problemas jurídico-sociales del jornal mínimo* (1931) o *El derecho social en la constitución de la República española* (1932). En ellos se analiza la realidad estudiada ya desde el «enfoque sociológico» que había ido adquiriendo a lo largo de estos años. Así, en el segundo de los textos mencionados, Ayala hace una reflexión en torno a la necesidad de ir adaptando el liberalismo a la realidad contemporánea. Consi-

---

tes de la muerte de Max Weber), y, sin embargo, ya se había fundado la *Asociación Sociológica Alemana* (en 1909), y se habían publicado numerosos textos de sociología. Cfr. GLATZER, (2000: 95-110).

[17] Cfr. Fundación Ayala, (2004), www.us.es/ayala.

[18] Incluido en Ayala, (2002: 50-64).

[19] Precisamente mediante la intervención de Ayala y de Posada, Hermann Heller se exiliará de la sociedad nazi y vendrá a recalar en la Universidad Central de Madrid hasta su muerte (Cfr. AYALA, 2001: 147-148). Además, otro miembro de la *Generación de 1903-1918*, Gómez Arboleya hará su tesis doctoral sobre Heller (Cfr. DEL CAMPO, 2001: 170 y MESAS DE ROMÁN, 2003).

[20] De Simmel, Ayala, desde su concepción historicista, rechaza el formalismo (la geometría social); aunque aprende de su modo de hacer sociología fragmentaria, su punto de vista heterodoxo, la importancia del sujeto y algunos análisis concretos como la sociología de la moda, por ejemplo, que practicará en algunos de sus textos. Cfr. AYALA, (1984 y 1992b).

dera que todo lo social es histórico, y, por tanto, hay que buscar la manera de adaptar ideas que pertenecen al pasado a una nueva realidad (Cfr. Ayala, 1932)[21]. Si volvemos la vista ahora a *Indagación del cinema* y sus ficciones vanguardistas, vemos que Ayala consideraba que el mundo moderno y modernizado se tenía que regir por nuevas formas de organización políticas y económicas que guardaran relación con las nuevas formas sociales que estaba adoptando la sociedad moderna. En su etapa de deslumbramiento e inmersión en la modernidad, acoge con optimismo el triunfo pacífico de la II República Española (1931-1936), culminación democrática, a su juicio, del medio siglo excepcional español, en la que llegará a ser Letrado de las Cortes, y cuya constitución le parece adecuada al momento histórico (Cfr. Ayala, 1932: 3)[22]. Unos años después, en 1934, gana una cátedra de derecho político de la Universidad de La Laguna.

1.1. DOS TRADICIONES SOCIOLÓGICAS COMO REFERENTE

Por lo que hemos visto, Ayala inicia su carrera intelectual en contacto estrecho con Ortega y Gasset y su círculo intelectual. Casi al mismo tiempo, sus estudios en la Facultad de Derecho y su vocación académica le llevan a colaborar con Adolfo Posada. Entra, pues, en la tradición sociológica española de la mano de dos clásicos de la disciplina. Precisamente se trataba de dos de las más importantes posiciones existentes en la tradición sociológica española en su momento[23]. De la tradición sociológica española del primer tercio de siglo va a extraer Ayala parte de su posterior y particular «enfoque sociológico», a través de contactos académicos e informales, clases universitarias y seminarios o tertulias, «ejemplos» (en el sentido de Kuhn, 1978), y a través de sus textos.

Por enumerar rápidamente algunas de estas herencias, podríamos decir que de Posada aprende la posibilidad de hacer sociología académica semiinstitucional, el afán por la unidad krausista (el «racionalismo armónico») y la recurrente introducción de la ética en sus análisis, casi siempre como solución. Y, además, a través de Posada se introduce en la tradición sociológica universal, y conoce la sociología organicista (aunque no sólo) que tanto agradaba a su maestro. No obstante aprender la complicada jerga krausista y entrar en contacto con la sociología organicista[24], su rechazo a la Gran Teoría y la necesidad acuciante de interpretar el presente supondrán que se desvincule casi totalmente del legado de Posada. De Ortega va a escoger algunos temas concretos sobre los que después reflexionará (la sociedad y el hombre masa, las generaciones, la crisis del primer tercio de siglo, el interés por las vanguardias), así como una cierta manera de escribir (una sociología abierta, poco académica, alejada ya de la pretensión científico-natural que tenía, por ejemplo, Posada) e incluso una constante actitud divulgadora (traducciones, artículos de prensa). Todo esto se completará cuando, a través de Heller, se introduzca en la tradición sociológica alemana. En ella encontrará una serie de problemas y conceptos, que tendrá muy en cuenta a la hora de hacer su propia sociología, como vamos a ver en la segunda época.

Habría, por tanto, un recorrido corto dentro de la tradición sociológica española (se queda en sus contactos personales)[25], y uno largo en la ale-

---

[21] Es interesante señalar la propuesta que hace Ayala en este breve texto. Su idea de adaptar el liberalismo pasa por que «el estado dirija y encauce la vida económica del país» (AYALA, 1932: 15). Esta idea será pronto descartada por este autor, que a partir de 1936 se mostrará siempre reacio a que el Estado invada la vida del ciudadano.

[22] Llega incluso a militar en el partido *Acción Republicana*, de Manuel AZAÑA (Cfr. Juliá, 1997: 55). Sobre las relaciones de Ayala con Azaña se pueden encontrar algunas reflexiones en las memorias del primero (Cfr. AYALA, 2001: 156-164).

[23] Cfr., entre los contemporáneos de entonces: ARBOLEYA (1982; e.o. 1958), MENDIZÁBAL (1956; e.o. 1945). También han sido señaladas como dos de las posiciones más importantes por estudiosos posteriores (aunque la consideración de «sociólogo» o «auténticamente sociólogo» no siempre les ha sido otorgada), véase, por ejemplo, Rodríguez Ibáñez, 1998 y Lamo de Espinosa, 1990. Habría que destacar, también, una tercera posición, personificada en Severino Aznar, catedrático de sociología, y al que se suele enmarcar en el catolicismo social. E incluso Álvarez-Uría y Varela han señalado otras tres posiciones más: Unamuno, cierta sociología marxista y un «pensamiento libertario que proponía una sociología práctica basada en el naturismo y en la autogestión» (ÁLVAREZ-URÍA y VARELA, 2000: 48).

[24] Según él mismo me comentó en una conversación personal (24-octubre-2000).

[25] Con la excepción de Jovellanos, a quien incluye entre los precedentes de la sociología en el repaso histórico que hace en el *Tratado de Sociología*, e incluso le dedica un libro. Cfr. AYALA, (1992c).

mana (a partir de Heller se remonta hasta Alfred y Max Weber). En todo caso, es en virtud a su vinculación con estas dos tradiciones como hay que interpretar la sociología de Ayala, y no, como se ha hecho en ocasiones, en virtud a otras tradiciones (como la denominada «sociología científica moderna», personificada en Parsons y Lazarsfeld) que acabarían por imponerse unos años después relegando al terreno de lo pre-sociológico o a la filosofía social a tradiciones distintas (y en algunos casos opuestas).

2. SOCIOLOGÍA SISTEMÁTICA: 1940-1952

En 1936 el golpe de Estado de los sublevados contra la II República inicia una guerra civil que iba a durar tres años. A Ayala le sorprende el estallido de la guerra cuando estaba dando una serie de conferencias en América Latina. Sin embargo, regresa para ponerse a disposición de la República, y acaba siendo destinado a la Legación Diplomática de Praga. Una vez que termina la contienda, tomará el mismo camino que otros muchos intelectuales y ciudadanos españoles: el exilio. Abandona, pues, España, y se traslada a Argentina (tras un paso fugaz por Francia y Cuba), donde va a residir durante una década.

Ya desde 1930, cuando Ayala publica «Erika ante el invierno», estaba empezando a cambiar su modo de interpretar el mundo. En dicho relato de ficción, se ve ya, aparte de la marginación de los judíos en la sociedad alemana, una cierta sensación de malestar que nada tiene que ver con su entusiasmo previo con respecto a la modernidad. Se anuncia en este cuento el invierno que cubrirá la política europea de los siguientes años que desembocaría en la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945): «¡Nunca se sabe nada, nunca! ¡Si con la nieve las sienes enloquecen, se turban las manos, se afilan los cuchillos, y Dios, el buen Dios, se niega a intervenir en el mundo (…) Ahora hay que vivir en un mundo de penumbra, de oquedades, de interiores. Las mamparas se cierran por sí mismas; las orquestas no logran encender el ánimo» (Ayala, 2002: 60-61).

Además, Ayala entra en contacto a partir de 1930 con la literatura sociológica alemana, y, junto a las reflexiones de Ortega al respecto (y numerosas manifestaciones del contexto intelectual general, como por ejemplo, algunas obras de Freud, Thomas Mann, Kafka, etc.), se encontrará con la idea de la crisis occidental, que venía desarrollándose desde la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y que alcanzaría su apogeo editorial en torno a los años treinta. Ayala estudia a fondo cierto libros claves sobre la idea de la crisis, entre los que podríamos citar: *Historia de la Cultura* (1935), de Alfred Weber, *El hombre y la sociedad en la época de crisis* (1935), de Karl Mannheim, y *En torno a Galileo* (1933[26]), de Ortega. Sin duda, los difíciles últimos años de la II República española, el desmoronamiento de Alemania, país que era considerado por estos jóvenes intelectuales como la cima de la cultura occidental, y su experiencia personal en aquél país, junto con la prolongada Guerra Civil, y el consiguiente exilio, incrementarán su personal percepción de la de crisis, que es una de las claves de la producción intelectual de este autor.

Esta primera crisis de la modernidad del siglo veinte, había traído al primer plano de la atención intelectual ciertos cambios que se estaban produciendo en el mundo contemporáneo. Se pensaba que la modernidad había empezado a dejar paso a una nueva época, y que la crisis era precisamente el momento de transición entre la modernidad y una nueva etapa que habría de venir pero que era aún desconocida (cfr. Ortega y Gasset, 1959). Además, se había puesto en cuestión el progreso de la razón en la historia y la permanencia del carácter nacional (cfr. Mannheim, 1936: 33), había irrumpido la sociedad de masas y el hombre masa o, al menos, la teoría de la sociedad masa[27], los intelectuales habían quedado relegados a una posición secundaria, y el mundo se había quedado «sin creencias, sin fe» (A. Weber, 1985: 11).

---

[26] *En torno a Galileo* son doce lecciones que ORTEGA y GASSET dictó en la Cátedra Valdecilla de la Universidad Central en 1933. Las lecciones cinco a ocho se publicaron primeramente en un libro titulado *Esquema de la crisis*. La edición que yo he manejado (incluye las doce lecciones) es la segunda de la Revista de Occidente, de 1959 (Cfr. ORTEGA y GASSET, 1959: XI).

[27] Sobre la sociedad masa y el hombre masa, véanse: ORTEGA (1997), MANNHEIM (1936), AYALA (1984 y 1988), y el estudio de Salvador GINER (1979).

Una vez instalado Ayala en Argentina, empieza a colaborar en *La Nación*, donde publica artículos que eran, según él mismo nos advierte, «sesudas elucubraciones de tipo más bien sociológico, o político-social» (Ayala, 2001: 263). También se dedica a «traducir a destajo»[28], y asiste a tertulias en los cafés de la Avenida de Mayo, en el Español o en el Tortoni, y frecuenta a Borges y al círculo literario e intelectual de la revista *Sur*. Además, será allí, en Argentina, donde dicte su primer curso de sociología, en la Universidad Nacional del Litoral, con sede en Santa Fe.

Ayala retoma, por tanto, y al igual que otros muchos intelectuales exiliados, su trabajo intelectual, una vez exiliado. De entre sus primeras publicaciones de esta segunda época es preciso detenerse en una serie de ensayos que figuran en un libro antológico bajo el título *Libertad y Liberalismo*[29]. Figuran allí, además de diferentes textos sobre el mismo tema escritos entre 1935 y 1963, tres libros fundamentales: *El problema del liberalismo* (1941), *Historia de la libertad* (1943) y *Ensayo sobre la libertad* (1943). Esta serie de ensayos, en los que lleva a cabo ya una deliberada sociología historicista[30], se pueden entender como su personal respuesta al mismo tema (cómo adecuar el liberalismo político y económico al momento crítico mundial de los años cuarenta) que Mannheim trata en su época inglesa (a partir de 1933). Hay dos diferencias fundamentales que distancian las obras de ambos autores. La primera es que los análisis de Ayala están hechos desde la perspectiva del individuo, no del Estado (como, a nuestro juicio, es el caso de los ensayos de Mannheim). La segunda se basa en la identificación de la tendencia clave del presente; en Mannheim era la planificación y en Ayala la unificación del mundo.

Mannheim había observado que algunos aspectos que el régimen nazi y previamente el régimen soviético[31] estaban poniendo en práctica, podrían utilizarse para fortalecer a las democracias occidentales. Así, por ejemplo, la propaganda debía utilizarse para educar a los jóvenes (que pasan al primer plano de atención) en la «democracia militante» (Mannheim, 1976: 17). Hay que olvidarse del *laissez-faire* y pensar en crear unos valores susceptibles de ser compartidos que respeten las libertades individuales y que sean articulables con la libertad. Se trataba de adecuar las nuevas tendencias de la sociedad hacia la planificación, que Mannheim veía aproximarse (Mannheim, 1936), con un respeto básico de las libertades. Es decir, plantar cara a los regímenes totalitarios cediendo ciertas parcelas de libertad y empleando algunos de sus métodos que encajaban mejor con el desarrollo y las nuevas características de la sociedad contemporánea. Ayala empieza por reconocer que «cada situación social requiere una congruente ordenación de la libertad» (Ayala, 1972: 26). Y con cada situación social se refiere tanto a las peculiaridades propias de cada cultura como, especialmente, a los distintos momentos históricos. En opinión del sociólogo español hay dos constantes en el hombre y en su historia: la libertad y la necesidad de vivir en sociedad. El hombre necesita vivir en sociedad, lo cual menoscaba, en cierta medida, su libertad, ya que la sociedad tiende a coaccionar a los individuos. Pero incluso la coacción es expresión de la libertad del hombre, porque es él quien en su libertad produce los objetos culturales. Una vez que estos objetos culturales son pasado conforman el orden social del presente, desde el cual volverá a crear nuevos objetos culturales que se convertirán en orden social cuando sean pasado. La libertad, por tanto, concluye Ayala, no opera en el vacío ni es nada esencial, sino que «necesita desenvolverse sobre la plataforma de la sociedad, sobre las condiciones prácticas del presente» (Ayala, 1972: 44).

Y el presente desde el que escribe es la Europa de los totalitarismos. Pero además es, también, un mundo cada vez más desarrollado tecnológicamente, con lo que las amenazas para el absoluto control del individuo, por parte del

---

[28] Sobre esta experiencia de traductor incansable, véase AYALA, (2001: 264-269). Y, también, desde un punto de vista más teórico, las reflexiones que sobre la traducción publica el propio autor, en AYALA (1965b).

[29] Cfr. AYALA, (1972).

[30] Así lo expresó el propio Ayala, algunos años después: «Mi ensayo [se refiera a *El problema del liberalismo*, y nosotros lo hacemos extensivo a todo este conjunto de ensayos], sucinto en extremo, procuró, por su parte, atenerse a los principios interpretativos de una sociología historicista» (AYALA, 1944: 141).

[31] Hobsbawn ha destacado la importancia que la planificación comunista, que había puesto en práctica la URSS décadas antes que los nazis, tiene en la posterior adaptación de ideas y políticas en la Europa de la posguerra mundial (Hobsbawn, 1998: 103).

Estado, se hacen aún más peligrosas. La solución es reajustar las instituciones jurídico-políticas del liberalismo a la nueva situación real del presente, y lograr que la libertad se encuentre institucionalmente garantizada. Mannheim se encontraba más dispuesto a ceder parcelas de libertad, e incluso animaba a emplear la propaganda como medio para salvar las democracias occidentales. En cambio, Ayala piensa más en el individuo y en la libertad. Lo que le preocupa es evitar que la coacción se haga insufrible, y, por tanto, rechaza la utilización de la propaganda al modo de Mannheim, ya que ello equivaldría a sacrificar el régimen liberal y la libertad individual para salvar la existencia nacional.

Lo que subyace al delicado momento que atravesaba el mundo en los primeros años de la década de los cuarenta es la (primera) crisis de la modernidad del siglo XX, en su vertiente de crisis moral. Por tanto, argumenta nuestro autor, es imprescindible, para solventar estas dificultades que atravesaba la libertad, «una renovación moral del hombre» (Ayala, 1972: 89). Es la recurrente «solución ética» de Ayala, heredada del krausismo de Posada, y heredera de la propia definición de la crisis como ausencia de valores y de creencias (A. Weber), como «crisis estimativa» (Mannheim) o como un mundo que se ha quedado sin moral (Ortega y Gasset).

Casi simultáneamente que estos ensayos sobre la libertad y el liberalismo, Ayala publica tres monografías sobre *Saavedra Fajardo* (1941), *Oppenheimer* (1942) y *Jovellanos* (1945). La que dedica a Oppenheimer es muy importante en el desarrollo de su sociología, porque será a raíz del estudio del que fuera profesor de teoría económica y sociología en la Universidad de Frankfurt a partir de 1919 (Martindale, 1968: 229) cuando Ayala perfile su *Ley de Unificación del Mundo*[32]. El libro es, en su conjunto, una discusión crítica de los planteamientos de la sociología historicista de Oppenheimer. Reacciona Ayala contra el optimismo, el sentido progresista de la historia, así como contra las excesivas deudas con respecto a la física y las ciencias naturales del alemán. Sin embargo, hay una idea que le llama la atención: se trata de la tendencia que identifica Oppenheimer hacia la unificación del mundo; un mundo en el que la humanidad comparte más cosas que las que separan a las distintas nacionalidades y clases sociales. Propone la utopía de una sociedad sin clases y sin nacionalidades, que se alcanza mediante el movimiento mecánico de la historia, y que desemboca en la supresión de las diferencias[33].

Ayala no puede aceptar esta propuesta en su conjunto, entre otras cosas porque para este sociólogo «las leyes sociológicas son leyes de posibilidad, no de necesidad, y la Historia es un proceso fatal en la medida en que lo ya ocurrido condiciona a lo porvenir, pero sólo en esa medida» (Ayala, 1972: 228). Oppenheimer perseguía descubrir las leyes naturales que indican cómo funciona el mundo; mientras que Ayala solamente pretende aventurar las tendencias hacia las cuales la sociedad camina, y considera que no es posible conocer el mundo social desde los supuestos metodológicos de las ciencias naturales. Por otro lado, la sociedad sin clases que proponía el alemán, partía del supuesto de la efectiva existencia de clases sociales en el presente de los años treinta y cuarenta; mientras que para Ayala ya en los años treinta la sociedad de masas ha sustituido a la sociedad de clases (lo cual muestra precisamente esta tendencia hacia la unificación).

En 1944 aparece un libro fundamental en la bibliografía de Ayala: *Razón del Mundo*[34]. Se-

---

[32] Es preciso aclarar que AYALA nunca ha etiquetado a esa serie de reflexiones que describen la tendencia hacia la unificación del mundo y sus consecuencias. Sus análisis suelen ser abiertos y fragmentarios, y, por tanto, no está entre sus prioridades el presentar teorías cerradas y acabadas bajo una denominación. Sin embargo, consideramos que para una mejor comprensión e identificación de estos análisis nos puede ayudar resumirlos bajo esta etiqueta.

[33] Según AYALA, en la sociología de Oppenheimer: «los distintos grupos humanos, las distintas sociedades, caminan, empujadas por una vocación ciega (en la que se identifica, en último término, el nexo causal con la teleología) a reunirse en unidad y constituir un organismo, con lo cual resultan ya previamente unidas en substancia: están unidas en la común condición humana y en el común destino humano que de ésta se desprende» (AYALA, 1942: 126).

[34] Me gustaría destacar también la publicación, ese mismo año, 1944, de *Los Políticos*. El libro es una colección de ensayos y está dividido en dos partes, que a su vez se subdividen en numerosos epígrafes. Sin embargo, como es característico en Ayala, y ya vimos en *Indagación del cinema* (1929), existe, como él mismo afirma, una «unidad esencial de los ensayos reunidos en este volumen» (AYALA, 1944: XV). En estos textos hay una triple vinculación realidad-teoría. Por un lado, en los estudios sobre diversos autores (Hobbes, Locke, Cortés, Constant, Heller, etc.), Ayala busca las conexiones íntimas entre estos teóricos y sus realidades, en la línea de la sociología del conocimiento de Mannheim. Por otro, se analiza la relación de los textos con las distintas re-

guramente se trate de uno de sus libros más polémicos y más discutidos. A lo largo de sus páginas trata de exponer el papel que, a su juicio, tienen los intelectuales en la sociedad de masas; tema sobre el que volverá posteriormente. Sin embargo, es, a mi juicio, más importante que con este texto retome el diálogo interrumpido con su país de origen, adentrándose en la discusión acerca del problema de España. Discusión que mantendrá con Américo Castro, Sánchez Albornoz y los escritores de la Generación del '98. En la polémica acerca del problema de España, la intervención de Ayala es esclarecedora, y hay que señalar que es una de sus principales aportaciones tanto a la sociología como a la historia de España y al estudio de los nacionalismos. Ante la pregunta acerca del ser esencial de España, Ayala aporta su visión del problema desde la óptica de la sociología historicista, y rechaza la existencia del mismo, y aún tacha su búsqueda como un «trasnochado intento de definir lo hispánico substancial "desde hace milenios" (¡todavía con el *volkgeist* a cuestas!)» (Ayala, 1972: 373). Tal y como ha señalado Santos Juliá, «fue [a Ayala] a quien correspondió destrozar esa pregunta sobre las esencias para colocar en su lugar una pregunta sobre la creación histórica y sociológica» (Juliá, 1997: 54). Heller (1974: 178-181) había propuesto una lectura historicista del Estado, y Ayala lo hace extensivo, una década después, al concepto de Estado-nación, a la nación española y a las nacionalidades en general, que se quedarían sin esencias y sin espíritu para no ser más que instituciones históricas, cambiantes y cuya propia existencia futura estaba puesta en entredicho (en virtud a la *LUM*).

Otro de los análisis fuertes que se pueden encontrar en *Razón del Mundo*, es la reflexión que, ante el entonces cercano fin de la Segunda Guerra Mundial, Ayala propone sobre la modernidad y el capitalismo. Hay que tener en cuenta que en las teorías elaboradas en el mundo de posguerra había un elevado grado de esperanzas utópicas cifradas en la reconstrucción social; esperanzas que, en términos generales, se frustrarían a partir de la década de 1960 (Alexander, 1992: 11). Dentro de esta misma línea general se puede enmarcar este trabajo de Ayala, que podríamos caracterizar como pesimista en sus análisis, pero optimista e incluso utópico en las soluciones propuestas.

Comienza Ayala haciendo un análisis de la modernidad y de sus consecuencias no deseadas (las guerras mundiales, Hiroshima). Ayala toma de Max Weber el argumento de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (M. Weber, 1969), y lo completa de la manera siguiente: si para Weber la ética protestante tiene una importancia fundamental en el origen y el desarrollo del capitalismo, Ayala añade que la ética de la Contrarreforma deja a España y al mundo hispánico fuera de ese desarrollo. A las conocidas tesis del autor alemán, une Ayala la idea de la política de la razón de Estado (proveniente de Maquiavelo), que según su análisis, junto con el espíritu protestante, serían los dos factores que engendrarían la modernidad, y que traerían tanto el progreso y los adelantos tecnológicos como los excesos. Las culturas hispánicas quedaron desde el siglo XVII marginadas, en la periferia, debido a que las ideas de Maquiavelo combinadas con el protestantismo secularizado resultaron ser más efectivas para los nuevos Estados.

Ante la crisis, que «ha arruinado y sumido en desprestigio el sistema de las convicciones vigentes» (Ayala, 1972: 360), ante la nueva configuración de un mundo cada vez más unificado, ante la imposibilidad de seguir conquistando y expandiéndose dentro de esta nueva configuración del mundo, propone Ayala, en plena Segunda Guerra Mundial, que el mundo Occidental abandone la suma protestantismo-maquiavelismo y vuelva su mirada hacia la cultura hispana: «el pensamiento que sirviera a la expansión europea y conquista técnica del planeta por la civilización Occidental deberá dejar su puesto a otro pensamiento que sea

---

alidades que se van sucediendo; se estudia, pues, los contextos de los textos. Y, por último, y este es el objetivo principal del libro, Ayala extrae una serie de conclusiones del análisis de esta serie de autores que vincula a su propia realidad, a su presente más inmediato. La discusión de fondo que propone Ayala es, por tanto, una reflexión sobre el momento crítico que el mundo atravesaba en las décadas de los años treinta y cuarenta, en la que el propio «orbe mental moderno en que nos hemos formado no es evidente por sí mismo, como puede y suele creerse en la plenitud de una época» (AYALA, 1944: 14-15). Lo que es preciso hacer es, como había sugerido HELLER (y también Freyer), indagar en las nuevas circunstancias, y especialmente la generación de Ayala, ya que es la que se encuentra sorprendida en el epicentro de la crisis de la modernidad y del posible cambio. Hay en este texto, apuntamos para cerrar ya esta nota, una primera formulación de su teoría de las generaciones.

capaz de promover un desarrollo en el sentido de la elevación espiritual dentro de un orbe cerrado» (Ayala, 1972: 361). La cultura hispánica, además, representa, según reivindica Ayala, la universalidad frente a los particularismos excluyentes y el individualismo, frente al nacionalismo, y, por tanto, se muestra más acorde con la tendencia general hacia la unificación que el propio Ayala venía describiendo[35].

En 1947 publica Ayala su *Tratado de Sociología*, su texto sociológico más conocido. Se trata de su libro más acabado, en el que completa, sistematiza y corrige buena parte de sus planteamientos previos, además de reflexionar sobre la disciplina sociológica. En él son perceptibles las huellas de la sociología historicista alemana, y también las de Ortega y Posada[36]. Aunque el *Tratado* bien lo merece, no cabe aquí hacer un análisis en profundidad del texto; apuntaremos solamente algunas de sus líneas fundamentales.

En primer lugar vamos a referirnos a las reflexiones que sobre el método de la sociología hace Ayala. A su juicio las ciencias sociales nacieron bajo los supuestos naturalistas cuando eran puestos en entredicho. Esto explica, en parte, los problemas de la sociología para encontrar un método adecuado, porque no es posible aceptar, según la visión historicista de Ayala, el empleo de métodos y principios derivados de un mundo que ya no existe. Hay, pues, que adaptar el método a la realidad contemporánea. A estos problemas se añade que el objeto de la sociología (que es a la vez sujeto) no permite que se le trate como cualquier otro objeto del mundo natural: es imprescindible descubrir el sentido, como quería Max Weber. La propuesta de Ayala se basa precisamente en practicar un «enfoque plenario» que integre tanto los métodos de las ciencias naturales, la interpretación del sentido e incluso los acercamientos literarios a la realidad social[37]. Se sitúa, a fin de cuentas, en la «tercera cultura» (Lepenies, 1992); entre la literatura y la ciencia. Por todo esto el propio Ayala es consciente de que se sitúa en la heterodoxia; en la heterodoxia con respecto a algunas líneas teóricas que habían apostado por una sociología exclusivamente científica desde la *física social* de Comte[38], pero también con respecto a los desarrollos que estaba teniendo la sociología en norteamérica, cuyo éxito y exportación iban a situar aún de una manera más evidente a Ayala en la heterodoxia[39].

El objetivo fundamental del *Tratado* es intentar comprender el proceso histórico que ha conducido hasta la situación en que es publicado, y tantear, en función de este proceso, cuáles pueden ser sus ulteriores desarrollos. Según Ayala, el mundo, que estaba orientado desde el Renacimiento hacia la conquista, hacia la unificación del mismo, ha alcanzado el límite posible. Y, por tanto: «el mundo, completado, homogeneizado y, por así decirlo, redondeado, clama por una organización que ya no puede ser organización de poder orientada hacia la expansión, como es la organización estatal» (Ayala, 1984: 48). Se da, pues, un desfase entre las posibilidades técnicas y la organización política del mundo, por lo que «la crisis actual consiste entre la alternativa entre organización integral del mundo o convulsiones aniquiladoras» (Ayala, 1984: 48). Aquí la *LUM* se encuentra a mitad de camino entre una tendencia y una alternativa (la acertada a juicio de Ayala). Sin la pluralidad de Estados-nación en pugna constante, la «voluntad de poder» y el afán de innovación técnica constante desaparecerían. La unidad del mun-

---

[35] La propuesta de la cultura hispánica como solución al mundo en crisis será abandonada en análisis posteriores, aunque no así el análisis general del proceso ni la descripción de las tendencias aquí señaladas.

[36] Conviene recordar, por si mis indicaciones no parecieran suficiente, que el propio Ayala declarará años después que el *Tratado* fue concebido y ejecutado «dentro de las tradiciones [a nuestro juicio las tradiciones alemana y española, previamente señaladas] escolares de la ciencia sociológica» (AYALA, 1958: 14).

[37] Ayala acepta dentro de este «enfoque plenario» algunas manifestaciones literarias: «esa literatura que no ignora la sociología científica, pero que tampoco satisface en sus esquemas, sino que prefiere sumergirse de lleno en la realidad viva para captar los rasgos esenciales de su estructura y extraerlos y exponerlos en cuadros concretos, merecerá ser incluida en el campo de la disciplina sociológica siempre que sus construcciones estén apoyadas en un firme armazón teórico» (AYALA, 1984: 44).

[38] Un ejemplo de esta línea teórica dentro de la misma generación de Ayala, la de la Guerra Civil, y del propio grupo de los «sociólogos sin sociedad» es José MEDINA ECHAVARRÍA, para quien la sociología debe ser una ciencia basada en el equilibrio entre los trabajos teóricos y la recolección de datos mediante las modernas técnicas de investigación social. Cfr. MEDINA, (1982).

[39] Incluso iba arrojarle a los márgenes de lo pre-sociológico o de la filosofía social, tanto por su esfuerzo de proponer «otra manera» de hacer sociología, como por la manía, señalada al comienzo de estas páginas, de considerarse siempre el primer sociólogo que los sociólogos españoles de las siguientes generaciones iban a cumplir.

do (de lograrse completamente) supondría el fin de la historia, un momento en el que el proceso histórico se estancaría. Pero todo esto es imposible sin un nuevo marco cultural, porque, como vimos, la unión de maquiavelismo y protestantismo secularizado es el origen de la configuración actual del mundo, entonces en crisis.

Ayala busca un mundo que, por la vía de la unificación y el recambio cultural (y ético), ofrezca más estabilidad. El cambio social se ha desbocado, y su propia generación se ha visto en medio de un mundo crítico. El tiempo socio-histórico, en el esquema trazado por nuestro autor, se compone de épocas normales y de épocas críticas: en las normales el cambio se da acompasado con las distintas generaciones[40] que son testigos y protagonistas; y en las críticas el cambio social se acelera, «atropellando el curso natural de la vida humana» (Ayala, 1984: 237) y una misma generación tiene que desenvolverse en mundos distintos. Por tanto, el plan de vida orteguiano es imposible en épocas críticas; lo que se requiere es un hombre que se adapte fácilmente al cambio.

En 1950 Ayala abandona definitivamente Argentina y se desplaza a Puerto Rico. En Argentina el peronismo había creado un ambiente cultural asfixiante, y Ayala decide volver a exiliarse[41]. Como consecuencia de los cursos que dictó en una universidad de Puerto Rico publica en 1952 su *Introducción a las ciencias sociales*. Será éste su último libro sistemático. Se trata de una obra de divulgación y resumen, y a la vez, o precisamente por ello, es un trabajo ligado al presente histórico de una manera directa; es un texto claramente deudor del *Tratado*, al tiempo que lo complementa en algunos puntos. Es, precisamente, en la *Introducción* donde el diálogo con Ortega se aprecia de una manera más intensa. En concreto lo que discute Ayala son los conceptos de sociedad masa y de hombre-masa. Según Ayala, en Ortega el concepto de hombre-masa era ahistórico; se trataba simplemente de una condición de posibilidad que atravesaba diferentes épocas históricas, aunque su preeminencia fuera propia de la sociedad europea de la primera mitad del siglo veinte. En cambio, para nuestro autor: «las mentalidades son formaciones históricas, cambiantes, de tal modo que no puede hablarse con propiedad de un hombre de la masa si no es justamente dentro de una sociedad de masas» (Ayala, 1988: 228). Y, a su juicio, estaban (en el presente desde el que escribe, en los años cincuenta) en una sociedad de masas al menos desde los años treinta. La aportación de Ayala a la teoría de la sociedad masa moderna, que se fraguó en las aportaciones de Scheler (el concepto de masificación), Mannheim (la sociedad masa) y Ortega (el hombre masa) en torno a 1926 (Cfr. Giner, 1979), es ya desde *Razón del Mundo* (1944) y el *Tratado de Sociología* (1947) un intento de contextualización del problema. Pretende huir de la carga peyorativa o apologética de versiones previas, para señalar que la sociedad masa es una configuración socio-históricamente concreta, cuyo individuo típico-ideal es el hombre masa. A partir de ahí explora los problemas y posibilidades que esta sociedad presenta.

A parte de otros muchos temas de los que ya nos hemos ocupado y cuya repetición aquí resultaría ociosa, concluiremos señalando dos cuestiones que son dos constantes en la obra de este sociólogo y que resume claramente en este texto. La primera consiste en plantearse cómo salvar la libertad del hombre frente a los recursos tecnológicos que hacen incontestable el poder del Estado. Y, en segundo lugar, destacamos la idea de Ayala que se basa en la necesidad de que «la vida humana recupere su sabor y su sentido, y esto sólo puede esperarse de una honda revolución espiritual» (Ayala, 1988: 277). De nuevo libertad frente al Estado, y también una posible «solución ética».

3. «SOCIOLOGÍA DIFUSA» Y EL GIRO HACIA LA FRAGMENTACIÓN: 1952-1971

A partir de 1952 la sociología de Ayala va a comenzar a aparecer absolutamente hecha trizas;

[40] El concepto de «generación» es clave en la sociología de Ayala. Con su utilización entra en el debate en torno a este concepto (con Ortega, Mannheim, Marías y Laín). El planteamiento de Ayala es crítico con respecto al de Ortega: si para Ortega lo esencial era la cuestión cronológica (la teoría de los quince años), para nuestro autor es la afinidad espiritual o cultural. Una generación se caracterizará, pues, por compartir una concepción del mundo, unos modos de pensar y de hacer compartidos («desde la forma del traje y, en general, los detalles de la moda, hasta el tipo de religiosidad o la manera de enfocar los problemas políticos», Ayala, 1984: 260). Además, lo que da carácter a la generación no es una figura central (un filósofo o un escritor, como quería Ortega) sino un acontecimiento histórico decisivo.

se abandonan prácticamente las reflexiones endosociológicas; sus acercamientos a diversos temas serán cada vez más fraccionados e irán en busca de los problemas desde diversos puntos de vista que nos darán una imagen unitaria una vez observados en conjunto. Además de la fragmentación, que ya estaba presente en mayor o menor medida en función de los textos, lo que tenemos a partir de ahora es lo que hemos llamado «sociología difusa»[42]. Serán textos elaborados a partir de sus conocimientos y estudios sociológicos, a partir de su «enfoque sociológico», en los que, sin embargo, desaparece la retórica académica, se reduce la longitud de los ensayos, y se busca un público lector más amplio. Un buen ejemplo de esta manera de hacer sociología será su libro *Ensayos de sociología política: en qué mundo vivimos* (1952). A partir de ahora, se abandona la intención de hacer una obra más o menos exhaustiva y con una estructura académica (como el *Tratado* o la *Introducción*), y se profundiza en la negativa a elaborar una Gran Teoría abstracta. Además, se reeditan ensayos previos, y se combinan con otros escritos en estos años, con lo que el significado de los mismos (al estar insertos en otras unidades) es muy distinto. En esta época se intensifican los discursos fragmentados y la intertextualidad, e incluso completa argumentos o ilumina ciertos problemas sociales desde obras literarias.

La faceta literaria de nuestro autor se había visto interrumpida desde los años treinta hasta que aparecen en 1949 *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*, dos libros de relatos de ficción[43]. Estos dos libros de cuentos se complementan mutuamente; se trata de dos libros paralelos, tal y como ha señalado Richmond (1992: 18). A mi juicio también complementan otras reflexiones e ideas de este autor (el individuo en sociedad, la crisis, el exilio, la guerra civil española, etc.) que podemos encontrar en sus trabajos sociológicos tanto en los ensayos sobre la libertad y el liberalismo (la tesis principal de *Los usurpadores* es, según expone el propio Ayala, que «el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación»; Ayala, 1992: 100), como en las reflexiones en torno a la historia de España que veíamos en *Razón del mundo*.

Precisamente en esta época de «sociología difusa» y libros de cuentos hay un nuevo cambio en la vida de Ayala; se trata de su cambio de residencia y de trabajo. A partir de ahora, hasta su jubilación, se convertirá en profesor de literatura en distintas universidades de EEUU (Princeton, Rudgers, New York University, etc). Con este cambio se abrirán paso en sus obras algunas influencias provenientes de las ciencias sociales norteamericanas (sociología, antropología, ciencia política). Algunos de los textos más importantes de este periodo son *El escritor en la sociedad de masas* (1956), *La integración social de América* (1958)[44], *La crisis actual de la enseñanza* (1959) y *Tecnología y libertad* (1959). Me gustaría llamar la atención sobre el último de estos libros, en el que Ayala vuelve a reflexionar sobre la sociedad inmediatamente contemporánea, y cada vez de una manera más pesimista. En lo que se fija ahora, y que añade a sus análisis principales e incorporará cada vez más en su literatu-

---

[41] La política «estatizante y nacionalista» (Luna, 1972: 46) de PERÓN (que gobernó Argentina en el periodo 1946-1955), la intervención en los medios de comunicación (con la clausura de numerosos semanarios y periódicos como *La Vanguardia* y *Provincias Unidas* y el acoso a *La Prensa* y *La Nación*), la intromisión en el poder judicial y la depuración de las universidades, así como el acoso a los partidos políticos en la oposición y su extremo intervencionismo económico, supusieron que hacia 1950 ya estuviera organizado «un aparato de propaganda, coacción y represión tan perfecto, que parecía proteger invulnerablemente al Estado peronista» (LUNA, 1972: 52). Ante el peronismo, que aunaba estatalismo, represión y nacionalismo, Ayala se plantea dos alternativas: «o escapar —y muchos que pudieron hacerlo escaparon— o sucumbir por esta vía negativa y participar de este modo [mediante ensayos y artículos críticos] en la degradación del régimen» (AYALA, 1958: 64).

[42] En otro lugar (RIBES, 2002: 104-105) propuse el concepto «sociología difusa» y esbocé una definición general del mismo, así como presenté su utilidad para explicar ciertas obras de Ayala.

[43] Si bien publicó algunos de los cuentos que componen estos libros en diversas revistas, no aparecerían en formato de libro hasta 1949.

[44] Aunque sea brevemente me gustaría destacar las dos ideas principales de este libro: 1, la unidad de la cultura hispánica; y, 2, la definición de la sociología como autoconciencia de la sociedad con fines pragmáticos. Aflora, pues, cierto pragmatismo (tal vez como resultado de la influencia norteamericana) en estos nuevos planteamientos, y se ve reducida su intención abstracta y teorizante; el fin último ahora es la intervención en la sociedad (es el conocer para intervenir): «si alcanzamos a saber con cierta precisión y detalle la clase de sociedad donde vivimos, su organización y sus tendencias evolutivas, estaremos en condiciones de ejercer algún control sobre ella» (AYALA, 1958b: 22).

ra, es en la desintegración de las sociedades o, lo que es igual, una radicalización de las características propias de la sociedad masa. Las palabras han perdido su función comunicadora, los intelectuales son relegados todos a un exilio con respecto a la sociedad y no pueden trazar mapas que orienten (porque la función del intelectual es ejercer de guía, «más que oficio, es sacerdocio», Ayala, 1958: 35); dibuja, pues, una sociedad desintegrada (que avanza al mismo tiempo que la unificación del mundo; ofreciendo un proceso inverso en lo micro con respecto a la tendencia identificada en lo macro), una sociedad de masas triunfante, que además se ve amenazada por la nueva situación política internacional, el choque entre los dos bloques surgidos tras la Segunda Guerra Mundial (dos bloques que confirman la tendencia hacia la unificación y la integración de los Estados-nación en unidades mayores). La única alternativa posible es, de nuevo, la solución ética (cfr. Ayala, 1959: 41).

Como decíamos, estos análisis se verán continuados en sus narraciones de ficción: *Historia de macacos* (1955), *Muertes de Perro* (1958) y *El fondo del vaso* (1962). En estas obras aparece reflejado un mundo sin valores, desintegrado, en el que los hombres abdican de su responsabilidad y aparecen frecuentemente animalizados (como perros, como macacos): «¿Qué culpa voy a tener yo —reflexiona un personaje de *Muertes de Perro*—, ni por qué regla de tres me han de meter a mí en esto? Si vamos a hilar delgado, todos tenemos la culpa de todo cuanto pasa en el mundo, y a todos, por fas o por nefas, nos incumbe alguna responsabilidad. Sería chistoso que ahora resultara que yo…» (Ayala, 1998: 93).

A partir de los años sesenta, Ayala empieza a regresar a España, aunque no acabará de trasladarse definitivamente a este país hasta que se jubile en Estados Unidos, a finales de los años setenta, y España se convierta, otra vez y tras casi cuarenta años de dictadura franquista, en una democracia. No obstante su regreso a su país natal comienza en los años sesenta, como decíamos, tanto mediante breves estancias como por la recepción de sus trabajos literarios y sociológicos. Por ejemplo, y tras diez años de censura[45], *Muertes de perro* se edita por primera vez en España en 1968. Y en 1970 varios periódicos publicaron una «Salutación a Francisco Ayala» firmada por numerosos intelectuales españoles como Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Francisco Ynduráin, Paulino Garagorri, etc[46].

La producción intelectual de Ayala continúa, y aparecen ficciones como *El as de bastos* (1963), *El rapto* (1965), *De raptos, violaciones y otras inconveniencias* (1966), así como sus *Obras Narrativas Completas* (1969). También publica en 1965 un texto sociológico importante, *España, a la fecha*, en el que continúa su línea de reflexión sobre la historia reciente de España (desde el siglo XIX hasta los años sesenta del siglo XX). Ayala se detiene a analizar el periodo de la Restauración, y sostiene la hipótesis de la existencia de un medio siglo excepcional, que iría desde el golpe de Estado de Martínez Campos hasta el de Primo de Rivera. En ese lapso de tiempo la europeización de España ya estaba conseguida. Por eso el régimen de la Restauración se hizo inadecuado para la España moderna, y por eso el proceso político culmina en la democracia (II República). La Guerra Civil no era un desenlace natural del proceso histórico, sino más bien uno más de los alzamientos militares que no hubiera tenido demasiada importancia si no hubiera sido por la participación (de italianos y alemanes a favor del bando rebelde) y la no participación (de las democracias inglesa y francesa) de las potencias extranjeras. Además, el desenlace de la Segunda Guerra Mundial que hubiera podido significar el fin de la dictadura franquista, trajo consigo un nuevo orden mundial que favoreció la supervivencia de la misma (Cfr. Ayala, 1965). En todo caso, Ayala encuentra con optimismo que, a partir de los años sesenta, la sociedad española está empezando a romper los diques de un régimen «arcaizante y retardatorio».

---

[45] Los libros de Ayala estuvieron, en general, prohibidos desde 1936 hasta 1955. Además, la censura franquista prohibió también la publicación de *Muertes de Perro* (1958), *El fondo del vaso* (1962), *El as de bastos* (1962), e incluso su *Obras Narrativas Completas* (1969) (TUCKER, 1991: 95). Aún en Junio de 1971 tenía Ayala problemas con la censura franquista (a propósito de las *Obras Narrativas Completas* y *La cabeza del cordero*), tal y como él mismo le cuenta a su amigo el también exiliado escritor Max Aub en una carta el 11 de junio de 1971. Cfr. SOLDEVILA (2001: 181).

[46] Cfr. VVAA, *Anthropos*, 1992.

4. EL «ENFOQUE SOCIOLÓGICO» FRAGMENTADO: 1971

A partir de la publicación de *El jardín de las delicias* (1971) se da un nuevo giro en la producción intelectual de Ayala, que más que un giro es una profundización en la tendencia hacia la fragmentación del «enfoque sociológico». Lo que había sucedido en la sociología de Ayala a partir de 1952 y había dado paso a su «sociología difusa», se extenderá también a sus ficciones a partir de 1971, y supondrá la aparición ya completa de producciones intelectuales «hechas trizas» o, lo que es lo mismo, la puesta en práctica de un «enfoque sociológico» fragmentado. Ahora, se agudiza la interrelación de los textos (de texto a texto, de libro a libro), se acorta la extensión de las piezas, se disuelven los géneros, se confunden, y las reflexiones se hacen a mitad de camino entre la «sociología difusa», la literatura, las memorias, la crítica literaria, el artículo periodístico. El contexto socio-histórico e intelectual ha cambiado de nuevo, y empieza a fraguarse una nueva crisis de la modernidad en el siglo XX, la segunda, un «nuevo malestar en la cultura» (como la ha denominado Rodríguez Ibáñez, 1999)[47] que, tal vez, acaba teniendo forma, en el contexto intelectual, en el debate en torno a la posmodernidad. Si Alfred Weber había descrito un mundo que se había quedado sin creencias y sin fe en los años treinta, Lyotard (1999) señalará en 1979 que en la posmodernidad la sociedades han dejado de creer en los metarrelatos, en las grandes explicaciones del mundo. Si Ortega había anunciado que la modernidad había llegado a su fin, y que dejaba paso a algo nuevo, un buen número de escritores posmodernos sostendrán lo mismo a partir de los años setenta (ofreciendo incluso un nuevo nombre para el nuevo momento; «posmodernidad»), e incluso aquellos autores que defienden la persistencia de la modernidad aceptan el hecho de un cambio fundamental que la convierte en reflexiva (Cfr., por ejemplo, Beck, Giddens y Lash, 1997) o tardía.

Resulta especialmente significativo para entender este último período de la obra de Ayala que en una nueva edición de *El jardín de las delicias* (Cfr. Ayala, 1978) se añada, como una segunda parte, el conjunto de textos titulado *El tiempo y yo*, «borrando los límites entre la ficción y el discurso no ficticio y rompiendo así las formas tradicionales, incluso formas establecidas por el propio autor en su obra previa» (Richmond, 1978: 33). Los textos de *El jardín de las delicias* son fragmentos variados (a veces media página) en los que se mezclan falsas noticias de prensa redactadas por él mismo, junto con relatos de experiencias biográficas, ficción novelesca, noticias reales, reflexiones sobre temas concretos, etc.

Esta fragmentación ya del «enfoque sociológico» supone un cambio en la forma, pero no en los argumentos fundamentales de nuestro autor. De hecho, la reedición constante de textos viejos entre textos nuevos sólo es posible si hay cierta correspondencia entre ambos grupos. En general, por tanto, en esta época Ayala continúa explorando algunos de sus temas fundamentales (el mundo sin valores, los peligros y engaños de la propaganda, el nacionalismo español, la tendencia hacia la unificación del mundo y su desintegración, etc.). No obstante, sí habrá algunos cambios, algunas reformulaciones sobre ciertas cuestiones que, por ejemplo, como la moda (que había estudiado en el *Tratado*) sean repensadas desde la actualidad de los años setenta, ochenta y noventa, tiempo en el que la moda, entendida como un sistema de normas sujetas en su dinámica a regulaciones muy estrictas, ha desaparecido como consecuencia de «una desintegración social elevada al último extremo» (Ayala, 1978: 296).

Ayala observa una radicalización de las tendencias por él señaladas desde los años treinta, y lleva a cabo en consonancia una radicalización tanto en los contenidos como en las formas de su sociología y su literatura; deshace los géneros, y juega con los límites que separan realidad y ficción, ya que ambas cosas son expresión de lo que está sucediendo en el mundo. Por ejemplo, señala la imposibilidad de hacer sátira, ya que lo grotesco y absurdo se han convertido en norma en la sociedad contemporánea, e insiste en señalar las «condiciones de la sociedad en que vivimos, de

[47] Así es como lo ha interpretado Rodríguez IBÁÑEZ haciendo referencia al conocido libro de Freud, *El malestar en la cultura*. Precisamente Freud es uno de los autores que reflexionan sobre lo que aquí hemos denominado primera crisis de la modernidad del siglo XX, véase FREUD (2003), y como hemos visto las afinidades entre el primer malestar en la cultura y el nuevo no pueden ser pasadas por alto.

ciudades inmensas pobladas por una masa humana sin cohesión, sin controles internos, sin articulación orgánica» (Ayala, 1978: 335), que son las partes negativas de una civilización rica.

La propuesta teórica sociológica de Ayala, como hemos visto, siempre ha sido la de llevar a cabo una aproximación exploratoria a los problemas, un intento de interpretación, más que descubrir y establecer la verdad. Al referirse a uno de sus libros pone él mismo de manifiesto la «forma abierta, y tentativa en que, con diversos enfoques, abordé los principales temas, sin incurrir en la pretensión de agotar ninguno» (Ayala, 1986: 220-221). Ha defendido, desde sus primeros textos teóricos, la obligación de actuar de esta manera debido al propio objeto de la sociología, y también lo ha llevado a la práctica tanto en sus obras sociológicas como en las literarias. Lo que pretende evitar Ayala es caer en la tentación de las teorías que se construyen como un bloque enterizo, de una manera cerrada y que son pretendidamente omnicomprensivas. Él hace trizas los problemas y se acerca fragmentaria y múltiplemente a algunos fragmentos de la sociedad que le interesan. Y parte, desde luego, desde la convicción de la inadecuación de la razón científico-natural para iluminar los problemas sociales. Como decíamos antes, en el *Tratado* propone un «enfoque plenario» que tenga en cuenta la razón científico-natural, la interpretación e incluso la literatura como forma de conocimiento social. En ese sentido había optado por dividir su producción intelectual entre la ciencia sociológica y la literatura. Pero, ya en esta etapa, el «enfoque plenario» se realiza totalmente integrando en un mismo texto todos estos elementos; no hay, pues, más división del trabajo intelectual, sino unión, unificación del discurso, podríamos decir. Si bien todo el rechazo de la Gran Teoría o de la novela total está presente desde sus relatos vanguardistas o *Indagación del cinema* (1929), a partir de la «sociología difusa» habrá una mayor correspondencia formal con esta idea en su sociología, y después de *El jardín de las delicias*, una vez (con)fundidas sociología y literatura, toda la producción intelectual de Ayala será en la forma y el fondo acorde con estas ideas.

Es ésta, también, una época de reediciones y de premios[48]; de reencuentro con la sociedad española, en definitiva. Y es también el momento en el que publica sus memorias, *Recuerdos y Olvidos* (1982-1988). Publica también *De triunfos y penas* (1982), *Palabras y Letras* (1983)[49], *La imagen de España* (1986), *El jardín de las malicias* (1988), *El escritor en su siglo* (1990) y *Contra el poder y otros ensayos* (1992).

Intentando recomponer los fragmentos que componen el libro de «relatos de ficción» *El jardín de las malicias* (1988b) podríamos presentar las distintas reflexiones que se llevan a cabo en esa suma de textos a grandes trazos de la siguiente manera: el mundo se ha quedado sin valores (idea que ya preocupaba a Ayala en *Muertes de Perro*, por ejemplo), tanto es así que en el cuento irónicamente titulado «Dulces Recuerdos», el protagonista adulto se recuerda a sí mismo de niño, cuando compartió una travesura con su «mejor amigo», su perro. Pero el egoísmo descarado de este adulto y de aquel joven le hacen reconocer que no se sabe bien qué pasó con el cadáver del animal: «a las circunstancias de su muerte, ni yo mismo —o mejor, yo menos que nadie— presté la atención debida. Sírvame de disculpa, si disculpa cabe, el que cuando a él le llegó su hora estaba yo liado con los exámenes de fin de curso, que no dejan pensar en ninguna otra cosa. Siempre está uno liado con algo; siempre hay alguna fastidiosa urgencia que impide hacer lo que se debe» (Ayala, 1988b: 26). El hombre occidental, vacío de valores, no asume su responsabilidad (ni el niño de «El rapto», ni el guía de «Una nochebuena en tierra de infieles o son como niños»[50]); el hombre engaña y manipula,

---

[48] En 1983 es elegido miembro de la Real Academia de la Lengua Española y gana el Premio nacional de Literatura, en 1987 se le otorga la Medalla de Oro de la Ciudad de Granada. Es investido *Doctor Honoris Causa* por la Northwestern University (1977) y la Universidad Toulouse-Le Mirail (1996), y, en España, por la Universidad de Sevilla (1994), la de Granada (1994), la Universidad Complutense de Madrid (1988), la UNED (1997) y la Universidad Carlos III (2001). Obtiene el Premio Nacional de las Letras Españolas (1988) y el de las Letras Andaluzas (1989), el Premio Cervantes (1991) y el Premio Príncipe de Asturias (1998).

[49] El subtítulo de este libro es muy esclarecedor en cuanto a los objetivos del mismo, y en cuanto a esta etapa que ahora caracterizamos: *Palabras, palabrejas, palabrotas. El hispanismo. Cultura, sociedad y Estado. La problemática de los medios audiovisuales. Literatura y escritores*. A parte de que está claro que cabe todo, ni siquiera los apartados son respetados y se combinan diversos problemas y diversas disciplinas.

[50] Nadie asume su responsabilidad. Veamos las palabras que pone Ayala en boca de un guía de una excursión turística que poco se parece a lo anunciado mediante la engañosa propaganda: «"¿Qué tiene usted que decir de todo esto? ¿Acaso no es usted la per-

y la manera en que lo hace de un modo más peligroso y descarado es a través de la propaganda («Es bien sabido que la propaganda exagera siempre... Cosa natural... ¿Quién lo ignora?», Ayala, 1988b: 37) que viene presentada por los grandes medios de comunicación de masas, y confunden noticias y publicidad en un doloroso contraste («Por radio y televisión, las atrocidades cotidianas – atentados terroristas, inundaciones e incendios, secuestros, asesinato de rehenes y toda clase de calamidades – nos llegaban alternando con pías exhortaciones a celebrar las inminentes fiestas del amor, la buena voluntad y la fraternidad universal mediante la adquisición urgente de apetecibles mercaderías», Ayala, 1988b: 29), así como también se confunden realidad y ficción, en la línea de la problematización de la realidad que señalaba Lash (1997: 33 y ss.) como una de las características del posmodernismo.

Este hombre occidental, cuyo «retrato» (en el sentido de Nisbet, 1979) presenta Ayala, se encuentra, de nuevo, con que todo poder ejercido sobre otro hombre es siempre una usurpación (tal y como había puesto de manifiesto en *Los usurpadores*). Algo que además se presenta como inevitable por el mismo hecho de tener que vivir en sociedad, si atendemos a una de las reflexiones que hace un personaje, el príncipe Arjuna (en el cuento «Glorioso triunfo del príncipe Arjuna»): «'condenados, no sólo a padecer dolor, sino a infligirlo también'. ¿Querrá decir esto que no hay escapatoria posible? ¿que eres causa de sufrimiento para los demás, y para ti mismo, tanto por tus actos como por tus omisiones? ¿que no puede librarse uno, como lo intentan los ascetas, los ermitaños, los santos del desierto, mediante el recurso de acogerse a la inacción?» (Ayala, 1988b: 53).

Ante esta situación (vacío moral, no asunción de las responsabilidades, propaganda engañosa, actividades estandarizadas propias del hombre masa, hombre usurpado y usurpador, problematización de la realidad) el recurso a la intelectualidad o a la inteligencia, que había venido siendo una constante en el pensamiento de Ayala, desde sus primeros escritos, el intelectual entendido como guía, como sacerdote, aparece en esta suma de textos como un imposible. La desesperanza se apodera del último texto («El prodigio») en el que se cuenta la historia de un niño superdotado, que acaba siendo devorado por un cerdo («el cerdo, nadie lo ignora, es, como el hombre, animal omnívoro; come de todo», Ayala, 1988b: 124), tras ser devorado por una sociedad animalizada (por su propio centro, la corte), donde apenas se le recibe como un nuevo bufón, y enseguida es relegado, una vez que la novedad cede el paso a la rutina.

En los últimos años, un Ayala ya nonagenario ha ido reduciendo su presencia intelectual pública, aunque nos quedan los numerosos volúmenes que ha ido publicando a lo largo de todos estos años, tal y como él mismo ha comentado irónicamente hace bien poco: «Lo siento, pero se tienen que conformar con lo mucho que he escrito hasta ahora. No me queda nada por decir. El problema es que he vivido demasiados años»[51].

5. PALABRAS FINALES

En una ocasión comentó Carolyn Richmond que la obra de Ayala es una pesadilla bibliográfica para el investigador. Es cierto, Ayala ha publicado obras que pueden enmarcarse en, al menos, seis géneros literarios tradicionales (ficción literaria, sociología, crítica literaria, memorias, estudios jurídico-sociales, artículos periodísticos). Además sus textos han aparecido en distintos países y formatos (en libros, en revistas especializadas, en periódicos), y reaparecido después junto a textos nuevos formando así otras obras. Y, por último, Ayala ha participado o ha sido visto participando en distintos movimientos culturales (vanguardias literarias, literatura en el exilio, pensamiento social pos-orteguiano, sociología historicista alemana, etc.). Han sido, por tanto, y son posibles distintas interpretaciones parciales de su obra. Aquí hemos hecho una presentación de conjunto, basada en la adquisición, en dos tradiciones espacio-temporalmente concretas, empleo y reformulación de un determinado «enfoque sociológico» desde el que analiza e interpreta el mundo social.

---

sona encargada?" ¡Nada! Él continuaba mirando al suelo; movía la cabeza, y callaba. Siguió un silencio ominoso. Hasta que por fin pudimos oírle murmurar en tono opaco y compungido algo así como que la culpa no era suya, que no estaba en su mano el remediarlo, que lo sentía tanto, que si de él dependiera, pero que aun con la mejor voluntad del mundo...». Cfr. AYALA, (1988b: 45).

[51] Francisco AYALA, en *El Mundo*, Miércoles, 12 de junio de 2002.

Una interpretación de toda su obra estudiada como conjunto, nos ofrece la imagen de un Ayala inicial que rechaza la construcción de grandes teorías. Huye de la teoría por amor a la teoría, como Heller y Ortega. Centra su interés sobre lo inmediato, sobre el presente, y la situación crítica del primer tercio de siglo le lleva a la sociología y a la literatura como medio de conocimiento. Así, lleva una doble vida intelectual en esas dos disciplinas, hasta que en 1952 decide acabar de fragmentar la sociología, y desde entonces se dedica a escribir obras de «sociología difusa». Pero antes se había autoenmarcado en la escuela historicista alemana (y había contribuido decisivamente a divulgar en la sociología hispanoamericana la obra de los principales componentes de esta corriente), había discutido con Ortega y Posada y había escrito libros sistemáticos y académicos de sociología como *Libertad y Liberalismo*, *Los Políticos*, *Razón del Mundo*, *Tratado de Sociología* e *Introducción a las Ciencias Sociales*.

Una foto fija del Ayala del período 1940-1952 nos daría un intelectual, sociólogo y literato, que simultanea escritos sociológicos con obras literarias aparentemente independientes (o, a lo sumo, con el reflejo de su teoría sociológica en sus obras literarias). A nuestro juicio, ya desde sus primeras obras las ficciones literarias son también intentos de conocer, algo que él reconoce plenamente en el *Tratado de Sociología*. De hecho, las ficciones literarias y las obras sociológicas tienen un origen común (su «enfoque sociológico», y todos aquellos elementos que contribuyen a formarlo y modificarlo, como las experiencias personales, los contextos socio-históricos y la búsqueda de públicos[52]) y un empeño común (conocer el mundo social), aunque sus reflexiones se presenten en forma de relatos cortos o de páginas de un tratado de sociología.

Lo que sucede a partir de 1952 es que el fondo (es decir, la intención de analizar los fenómenos sociales desde la multiplicidad de puntos de vista parciales de una manera abierta) se corresponde con la forma (la sociología se hace difusa), y además abandona la reflexión, por decirlo así, endosociológica (qué es sociología, cuál es el método adecuado para la sociología, qué sociólogos forman parte de la tradición sociológica, etc.). Mientras tanto sigue publicando ficciones literarias, que no se ven sometidas, por el momento, a esta misma operación. Sin embargo, a partir de 1971 este proceso se completará definitivamente. Fondo y forma se enlazan de una manera tan estrecha que incluso los géneros literarios se desdiferencian. Ya no hay por un lado «sociología difusa» y por otro literatura. A partir de entonces solamente habrá producciones intelectuales difícilmente clasificables dentro de los géneros literarios tradicionales. Literatura y sociología no se diferencian, desde este momento, porque ambas sirven para lo mismo, conocer el mundo social, y por tanto su (con)fusión es no sólo posible, sino inevitable. La «tercera cultura» de Lepenies supone que existan dos culturas diferenciadas, la científica y las humanidades. La sociología, según este autor, ocupa un espacio intermedio entre ambas. La propia idea del «enfoque plenario» de Ayala parece asumir esta diferenciación. Pero el mundo de la segunda crisis de la modernidad del siglo veinte ha ido haciendo estas distinciones cada vez más difíciles, ha puesto en tela de juicio a la razón científico-natural (no ya para estudiar el mundo social, sino para abordar la propia naturaleza), ha problematizado la realidad y ha dudado sobre la posibilidad de la verdad. En este contexto la «sociología difusa» (ya híbrida) de Ayala junto con las obras de ficción literarias, separadas en dos géneros distintos, dejan paso a la aparición de los textos desdiferenciados. Desde estos nuevos textos sigue pensando e interpretando la sociedad, y matizando al adaptar al nuevo tiempo histórico sus principales análisis y aportes fundamentados en su «enfoque sociológico».

A los sociólogos actuales, la sociología de Ayala puede enseñarnos muchas cosas. En primer lugar, el estudio del contenido de sus obras,

[52] Habría también, por supuesto, que añadir influencias de la tradición literaria española y universal, tales como las obras de Cervantes y Quevedo, principalmente, según han sido señaladas por algunos críticos literarios. No nos corresponde aquí analizar estas influencias, porque, por un lado, ya han sido notablemente estudiadas, y, por otro, porque el objetivo de este artículo es la presentación del Ayala sociólogo o de lo sociológico en Ayala, con lo que nos hemos centrado principalmente en las huellas del «enfoque sociológico» en sus obras de ficción literaria, y no en cuestiones puramente literarias. En todo caso, cabría señalar la importancia de la técnica literaria de la multiplicidad de los puntos de vista de Cervantes en todas las producciones intelectuales de Ayala, y su relación con el rechazo de la Gran Teoría, monopolizadora del discurso, en última instancia, suministradora de una «verdad».

que aquí solamente hemos esbozado, nos ofrece una serie de ideas y de conceptos muy sugerentes y perfectamente incorporables a cualquier análisis o teoría sociológica actual. Así, por ejemplo, sus análisis sobre la tendencia a la unificación del mundo o su teoría del cambio social y las generaciones. En cuanto a la forma, la obra sociológica de Ayala abarca un amplio espectro, desde la sociología académica hasta los textos sin género pasando por la «sociología difusa», que ensancha los límites de la disciplina. Por otro lado, esta doble faceta sociológica y literaria de Ayala nos hace pensar en la amputación de las habituales narraciones sobre la historia de la sociología, que han tendido a marginar las obras literarias que tienen como fondo intelectual un determinado «enfoque sociológico» y una evidente intención de conocer desde él. Ejemplos, como la obra de H.G. Wells y su relación con la sociología inglesa (Cfr. Lepenies, 1992; y Rodríguez Ibáñez, 1999), no faltan.

Por otro lado, para el estudio de la historia de la sociología española, la figura y la obra de Ayala se presenta como fundamental. Y es así porque fue discípulo de Posada y de Ortega, y aunque no se remontara más atrás en la tradición sociológica española, cumple una labor de continuidad y ruptura con respecto a esos dos autores y a las tradiciones que les habían servido de marco. Además, Ayala forma parte de la *Generación de 1903-1918* o *Generación de la Guerra Civil*, junto a otros muchos sociólogos (Arboleya, Tierno Galván, José Ros Jimeno, Carmelo Viñas Mey, Antonio Perpiñá, J. L. Aranguren, Salvador Lissarrague, J. A. Maravall, Carlos Ollero, Julio Caro Baroja, Luis Sánchez Agesta, Francisco Murillo, Julián Marías), algunos de los cuales aparecerán en este número monográfico coordinado por el profesor Manuel R. Caamaño, y dentro de esta generación pertenece también al grupo de, los llamados por Arboleya, «sociólogos sin sociedad» (junto a Recaséns Siches y Medina Echavarría). En una historia de la sociología en España debería también contarse que fue al grupo de los «sociólogos sin sociedad» a quienes correspondió introducir y divulgar, tempranamente, en la sociología hispanoparlante a autores como Max Weber o Mannheim.

Me gustaría terminar estas páginas reivindicando a Francisco Ayala como un «clásico» imprescindible de la sociología española, tanto por sus aportaciones teóricas como por los análisis prácticos sobre distintos acontecimientos y problemas de la pasada centuria.

6. BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, J. L., (1998): *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

ÁLVAREZ-URÍA, F., y VARELA, J., (2000): *La galaxia sociológica*, Madrid, Ediciones La Piqueta.

AMORÓS, A., (1980): «La narrativa de Francisco Ayala», en Francisco Rico, (Coord.), *Historia y Crítica de la Literatura española, Época Contemporánea, 1939-1980*, Yndurain, F., Barcelona, Crítica.

ARBOLEYA, E. GÓMEZ, (1982): «Sociología en España» (e.o. 1958), en *Estudios de Teoría de la sociedad y del Estado*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

AYALA, F., (1929): *Indagación del cinema*, Compañía Ibero-americana de publicaciones (S.A.), Madrid, Mundo Latino.

— (1932): *El derecho social en la constitución de la República española*, Madrid, Minuesa de los Ríos,

— (1942): *Oppenheimer*, México, F.C.E.

— (1944): *Los Políticos*, Buenos Aires, Depalma.

— (1958): *El escritor en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Sur, (1.ª edi. editada en México, 1956).

— (1958b): *La integración social de América*, Buenos Aires, Editorial Perrot, Colección Nuevo Mundo.

— (1959): *Tecnología y Libertad*, Madrid, Taurus.

— (1965): *España, a la fecha*,Buenos Aires, Sur.

— (1965b): *Problemas de la Traducción*, Madrid, Taurus.

— (1972): *Hoy ya es Ayer*, Madrid, Moneda y Crédito, (incluye los tres ensayos: *Libertad y Liberalismo* (1941-1963), *Razón del Mundo* (1944) y *La Crisis de la Enseñanza* (1959)).

— (1978): *El jardín de las delicias. El tiempo y yo*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (1984): *Tratado de Sociología*, Madrid, Espasa-Calpe, (e.o. 1947).

— (1986): *La imagen de España*, Madrid, Alianza Editorial.

— (1988): *Introducción a las Ciencias Sociales*, Madrid, Cátedra.

— (1988b): *El jardín de las malicias*, Madrid, Mondadori.

— (1992): *Los usurpadores*, Madrid, Cátedra.

— (1992b): *Contra el poder y otros ensayos*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares.

— (1992c): *Jovellanos en su centenario*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón.

— (1998): *Muertes de Perro*, Madrid, Alianza Editorial.
— (2001): *Recuerdos y Olvidos: 1, Del paraíso al destierro; 2, El exilio; 3, Retornos*, Madrid, Biblioteca Ayala en Alianza Editorial.
— (2002): *Cazador en el alba*, Madrid, Biblioteca Ayala en Alianza Editorial. (Incluye *Cazador en el alba*, e.o. 1930, y *El boxeador y un ángel*, e.o. 1929).
BECK, U., GIDDENS, A. y LASH. S., (1997): *Modernización reflexiva: Política, tradición y estética*, Madrid, Alianza Universidad
BOZAL, V., (1998): «Prólogo», en Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Barcelona, Editorial Óptima.
BUCKLEY, R., y CRISPIN, J., (1973): *Los vanguardistas españoles, 1925-1935*, Madrid, Alianza Editorial.
CASTILLO CASTILLO, J., (2001): «Ortega y Gasset y sus discípulos», en del Campo, S., *Historia de la Sociología Española*, Barcelona, Ariel.
DEL CAMPO, S., (dir.) (2001): *Historia de la Sociología Española,* Barcelona, Ariel.
DÍAZ, E., (1989): *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, Debate.
EL MUNDO, Miércoles, 12 de junio de 2002.
FREUD, S., (2003): *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial.
GINER, S., (1979): *Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador*, Barcelona, Península.
GLATZER, W., (2000): «La institucionalización de la sociología en Alemania (1871-1933)», en Salustiano del Campo (coord.), *La institucionalización de la sociología (1870-1914)*. Madrid, CIS.
HELLER, H., (1974): *Teoría del Estado*, México, F.C.E., (e.o. 1934).
HOBSBAWN, E., (1998): *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica.
IGLESIAS DE USSEL, J., (2002): «Tiempo y espacio en Ayala», en VVAA, *La sociedad: teoría e investigación empírica. Libro homenaje a José Jiménez Blanco*, Madrid, CIS.
IRIZARRY, E., (1971): *Teoría y creación literaria en Francisco Ayala*, Madrid, Gredos.
JULIÁ, S., (1997): «Francisco Ayala», *Claves de la razón práctica*, Julio/Agosto, n.° 74.
— (1999): *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons.
KUHN, T. S., (1978): *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Madrid, Editorial Tecnos.
LAMO DE ESPINOSA, E., (1990): «Teoría Sociológica», en Giner y Moreno (eds.), *Sociología en España*, Madrid, CIS.
LAPORTA, F. J., (1974): *Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español*, Madrid, Cuadernos para el diálogo.
LASH, S., (1997): *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
LEPENIES, W., (1992): *Between Literature and Science. The rise of Sociology*, Cambridge University Press.
LEVINE, (1995): *Visions of the sociological tradition*, Chicago, The University of Chicago Press.
LUNA, F., (1972): *De Perón a Lanusse: 1943-1973*, Barcelona, Planeta.
LYOTARD, J. F., (1999): *La condición posmoderna*, Barcelona, Altaya.
MANNHEIM, K., (1936): *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, (traducción de F. Ayala), Madrid, Revista de Derecho Privado.
— (1976): *Diagnóstico de nuestro tiempo,* México, FCE.
MARTINDALE, D., (1968): *La teoría sociológica. Naturaleza y Escuelas*, Madrid, Aguilar.
MEDINA ECHAVARRÍA, J., (1982): *Sociología: teoría y técnica*, México, F.C.E., (e.o. 1941).
MENDIZÁBAL, A., (1956): «La sociología española», en Gurvitch G. Y Moore W.E., *Sociología del siglo XX*, Tomo II, Buenos Aires, El Ateneo Editorial.
MERTON, R. K., (1990): *A hombros de Gigantes*, Barcelona, Península.
MESAS DE ROMÁN, P.J. (2003): «La tesis doctoral de Enrique Gómez Arboleya sobre Hermann Heller", *Anales de la cátedra, Francisco Suárez,* n.° 37.
NISBET, R., (1979): *La sociología como forma de arte*, Madrid, Espasa-Calpe.
ORTEGA Y GASSET, J., (1959): *En torno a Galileo*, Madrid, Revista de Occidente.
— (1996): *El hombre y la Gente*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial.
— (1997): *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial.
— (1998): *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Barcelona, Editorial Óptima.
PICÓ, J., (2003): *Los años dorados de la sociología (1945-1975)*, Madrid, Alianza.
POSADA, A., (1990): «La sociología en España», *REIS*, n.° 52, Oct-Dic.
PULIDO TIRADO, (1992): «La etapa crítico literaria de francisco Ayala en la Revista de Occidente (1927-1930)», en Sánchez Triguero y Chicharro Chamorro (eds.), *Francisco Ayala. Teórico y crítico literario*, Granada, Diputación Provincial de Granada,.
RIBES, A. J., (2002): «Introducción a la sociología de Francisco Ayala: reflexiones en torno a la Ley de Unificación del Mundo», *Sistema*, N. 166, enero.

— (2003): «Presentación. La sociología de Medina Echavarría (1903-1977) en el centenario de su nacimiento: teoría sociológica, divulgación y sociología del desarrollo», *REIS*, n.° 102, abril-junio.

RICHMOND, C., (1978): «Prólogo» en Ayala, F., *El jardín de las delicias. El tiempo y yo*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (1992): «Introducción» en Ayala, F., *Los Usurpadores*, Madrid, Cátedra, Pp: 9-96.

RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. E., (1998)*: La perspectiva sociológica. Historia, Teoría y Método*, Madrid, Taurus.

— (1999): *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad*, Madrid, CIS.

SÁNCHEZ TRIGUEROS, A., y CHICHARRO CHAMORRO, A., (eds.), (1992): *Francisco Ayala. Teórico y crítico literario*, Granada, Diputación Provincial de Granada.

SOLDEVILA DURANTE, I., (ed.), (2001): *Max Aub, Francisco Ayala: epistolario, 1952-1972*, Valencia, Fundación Max Aub.

SOROKIN, P., (1964): *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Madrid, Aguilar.

TORRES ALBERO, C., (1994): «La sociología de la sociología»**,** en Lamo de Espinosa, Gónzalez García y Torres Albero**,** *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Madrid. Alianza Universidad.

— (2002): «Notas sobre la evolución y el papel de la sociología de la sociología», en VVAA, *La sociedad: teoría e investigación empírica. Libro homenaje a José Jiménez Blanco*, Madrid, CIS.

TUCKER, M. (ed.), (1991): *Literary exile in the twentieth century. An analysis and biographical dictionary*, Greenwood Press, Nueva York, West Port, Connecticut, Londres.

WEBER, Alfred (1985): *Historia de la cultura*, México, FCE.

WEBER, Max (1969): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Barcelona, Península.

VVAA, (1992): *Anthropos*, N.° 139, diciembre. Número monográfico dedicado a F. Ayala.